

jurado dispensar al pueblo israelítico, decía: «Yo tendré paz, aunque camine en la pravedad de mi corazón.» ¡Ah! no puede ser; paz, viviendo desordenadamente, es imposible, hermanos míos. Consultemos, españoles todos, consultemos con nuestros verdaderos y eternos intereses, y temamos el castigo si no nos separamos de esa licencia y desenfreno, de esa profanación de las fiestas y del lugar santo, de esa frialdad é indiferencia religiosa que corroe el alcázar de nuestra fé, de la fé de María del Pilar.

¡Ah, Señora y Madre nuestra! miradnos con benignidad y clemencia; volved hácia nosotros vuestros ojos llenos de bondad y misericordia; sostenednos. Virgen santísima, sostenednos en la fé. Haced, Madre nuestra, que nuestra fé se aumente, que nuestra esperanza se cumpla, y que nuestra caridad se encienda. Alcanzadnos, Reina soberana, alcanzadnos de vuestro divino Hijo la gracia que necesitamos, para que, abriéndose los ojos de nuestra alma, caminemos por las sendas que conducen á la gloria. *Amen.*

---

## NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

---

### DISCURSO II.

*Thronus meus in columna.*

El trono mio sobre una columna  
(EccL. XXIV, 7.)

Señores: no extraño los éxtasis y raptos de vuestra admiración y vuestro júbilo; yo mismo, informado de antemano de la grandeza y elevación del objeto que nos ha congregado en este santo lugar, he contenido mi corazón para que una alegría consoladora no le hiciese huir de su seno. Por una parte, una Columna maravillosa, mucho más famosa que las que dedicó Roma á los Trajanos y Antoninos; que las que se registraban en las plazas de Egipto y Babilonia; que aquellas de que hablan los Cánticos, Jeremías, los libros de los Reyes y de los Macabeos. Por otra, colocada en esta Columna, no el idolo de la fortuna, no los dioses de barro de la gentilidad, no las Déboras, Judiths, Esthers, ó Sunamitis, sinó aquella gran Reina que salió de la boca del Altísimo, primogénita ante toda criatura: que con el brazo de su poder y el eco de su voz, sacó del medio de las tinieblas una luz indeficiente, y cubrió la tierra como la niebla con los influjos de su protección. ¡Qué objetos tan embelesadores!

Si vosotros quereis informaros de la dicha que tales objetos nos anuncian, hablad con vuestros padres, preguntadlo á los que os han precedido, y os dirán los excesos del amor con que ha sido privilegiada nuestra España; la elección misericordiosa que ha hecho de nuestro suelo la grande, la dulce, la amabilísima Virgen, viniendo en persona en carne mortal á ilustrarle, honrarle, ennoblecerle, poniendo en él su Tabernáculo, y echando profundas raíces entre sus escogidos.

Os dirán, que la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa Esperanza, dejó su pátria, su amada Palestina por

visitarnos, que se separó por algun tiempo de aquellas santas mujeres depositarias de su corazon, y fieles compañeras de sus amarguras y de sus consuelos; de aquellos fieles fervorosos, que animados con la divina sangre de Jesucristo formaban la verdadera Iglesia de los justos, solo por conversar con vosotros en una edad en que incultos, cerriles y feroces, no oíais otra voz que la de los falsos agoreros.

Os dirán, que nuestra protectora María, aún viviendo, se vino á las orillas del Ebro á solicitar su culto de los españoles, haciéndose familiar á nuestra nacion, dejándonos su propia imágen en el Pilar de Zaragoza, y en él el trono de su magnificencia, y la prenda invariable de su cariño: *Thronus meus in Columna*. Os añadirán, que este fué el lenguaje con que se explicó nuestra amable protectora con el apóstol de nuestra nacion: *Santiago, este es el lugar que yo he elegido: aquí quiere el Omnipotente que dediques un templo, en donde debajo de mi nombre sea el suyo engrandecido. Este ha de ser mi templo y casa, mi propia herencia y posesion: en él se manifestará la virtud del Altísimo por mi intercesion, y mis ruegos á favor de los que pidiesen con verdadera fé y piadosa devocion. Mira tambien ese Pilar: él quedará aquí, y colocada sobre él mi propia imágen. En testimonio de esta verdad y promesa, durará en este lugar con la fé hasta el fin del mundo.* ¡Qué generosidad, qué amor el que nos muestra María! ¡Qué gloria, qué elevacion, qué privilegios los que resultan á nuestra nacion! Yo, oyentes, voy á hacer vuestro elogio en el de la misericordiosa María, y á persuadiros cómo debéis creer que María puso su trono en Zaragoza. ¡Qué argumentos tan convincentes nos persuaden su venida! ¡Cuánto debemos esperar de María, despues de haber fijado su trono en nuestra España! ¡Qué utilidades nos ha traído su venida! ¡Qué no deberemos hacer por haber colocado María su trono en nuestra nacion, y cuál debe ser nuestro reconocimiento! Lo que debemos creer es, que María ha visitado á nuestra España, y por esta razon, debe ser el objeto de nuestra piadosa credibilidad. Lo que debemos esperar de María es, su socorro y proteccion, y por esta razon, debe ser el objeto de nuestra más tierna confianza. Lo que debemos hacer por María es, ser fielmente agradecidos á su beneficencia, y por esta razon, debe ser la Virgen el objeto de nuestro más perfecto reconocimiento. A. M.

Creer indiferentemente lo que se anuncia, y dar asenso á todos los hechos de la antigüedad sin crítica y sin exámen, es una verdadera necedad; pero, negarse con obstinacion á lo que autoriza una nube

de testigos graves, probados y respetados en el órbe literario, esto es, en verdad, un caprichoso modo de pensar. ¡Oh vosotros, los que jamás podreis despojar á nuestra nacion de la gloriosa eleccion que hizo María de su suelo, fijando en él su templo, sus ojos y su corazon! contestadme de buena fé: ¿si entre las historias dignas de una piadosa credibilidad, no ocupa lugar de primer orden la venida de la Virgen María á nuestra España? ¿No es fundamento que no han podido sacudir los fuertes huracanes que levantan los enemigos de las glorias de nuestra afortunada nacion, la tradicion inmemorial de todos los reinos, ciudades é iglesias de España? Si os pregunto, que ¿de dónde hubisteis la noticia de la venida de María á nuestra España, no me respondereis sin detencion: lo hemos oido por nuestros propios oidos á nuestros mayores; nuestros padres nos lo han enseñado? ¿Y no será este mismo el lenguaje de todas las edades, desde la fundacion de la religion católica en España, hasta el día de hoy? ¿No es esto lo que enseñaron los mayores y más santos varones, los sábios más ilustrados, los hombres más sensatos de que siempre ha abundado la España? Los Torquatos, Segundos, Cecilios, Indalecios del siglo primero: los Eugenios de Toledo, los Trogos y Justinos del segundo: los Lorenzos, Justas y Rufinas del tercero: los Valerios, Ciríacos, Paulas y Leocadias del cuarto: los Orosios, Baquiarios, Idacios del quinto: los Leandros, Martines y Hermenegildos del sexto: los Braulios, Ildefonsos é Isidoros del séptimo: los.... ¿á qué fin empeñarme en esto? El tiempo no es bastante para calcular los que han tenido grabada en su corazon esta preciosa memoria, que es como natural, por decirlo así, á los españoles, y nace con ellos desde el seno de sus madres.

¿Penetrais vosotros por qué hablo así? Así hablo, porque, á pesar del furioso conato de Diocleciano en dar al olvido nuestras historias pátrias, y de la irrupcion de los moros, se conservan reliquias muy preciosas que autorizan la inmortalidad de esta piadosa tradicion. Tal es aquel privilegio concedido en el siglo octavo por Chindasvinto á Avito de Orense, que se conserva en San Claudio de Ribadavia; el manuscrito de Tayon de los Morales de San Gregorio, cuyo venerable documento guarda con estimacion Zaragoza; una multitud de memorias anteriores á la irrupcion de los árabes, que examinó por sí mismo D. Juan de Salazar. Hablo así, porque en la Misa Gótica, tan antigua como respetable, se lee una solemne deprecacion con que los canónigos de Zaragoza alaban cada día, bendicen y exaltan á la Santísima Virgen en la Capilla que la fabricó Santiago, represen-

tando á Dios la generosa dignacion con que condujo á su Madre entre los coros de los ángeles á las márgenes del Ebro, y pidiendo por su mediacion las gracias que necesitamos, y de que es María el manantial fecundo y el canal copioso de su propagacion. Hablo así, porque una asamblea sagrada de críticos religiosos ha venerado como auténtica la Encíclica de Pedro de Librana, en la que anima á los fieles con las gracias concedidas por el Papa Gelasio II á reparar el templo mayor de Zaragoza, que abraza en su extension el lugar santo y terrible que pisó María con sus plantas, y la pequeña capilla que edificó á su gloria el protomártir entre los apóstoles. Y ya debeis advertir que estos monumentos, puestos á toda prueba, hablan de un hecho, cuya memoria excede la antigüedad de los siglos séptimo y octavo en que florecieron sus autores, y, por consiguiente, que se ha creído en los tiempos más remotos, que María visitó en persona nuestra España, como nos lo han enseñado nuestros padres. Ved la antigüedad de nuestra tradicion. ¿Qué juzgais de ella? ¿No es racional, legítima é invulnerable á la crítica más atrevida? Así es; pero ved aquí otra prueba decisiva de la dulce memoria de que hablamos. ¿Y cuál es? La fé debida á la Iglesia. Esta regla invariable de la verdad, ¿con qué términos tan expresivos no se ha explicado á favor de nuestra tradicion? ¿Qué gracias tan singulares no ha franqueado, qué liberalidades no ha concedido para animar á los fieles á celebrar la misericordiosa aparicion de María, frecuentar su santuario, y promover su gloria? Los Sumos Pontífices Calixto III, Paulo IV, Clemente VII y XII, llenos de beneficencia, publican la familiar conversacion de María con el apóstol Santiago: autorizan la afortunada orden de que se fabricase templo en Zaragoza en aquel mismo lugar donde la Virgen se había mostrado sobre la piedra, donde se grabaron nuestras dichas, y excitan á los fieles á implorar la proteccion de esta Madre de misericordia con el augusto título de Pilar, ó de la Columna. Otro testimonio consolador os dá esta Esposa del Cordero.

Este es el Oficio del rezo, que concede á esta festividad, aprobado por la Santidad de Clemente XII, y que cantan todas las iglesias de nuestra nacion. En él se llama piadosa y antigua esta tradicion, se describen por menor las circunstancias que refieren nuestras historias, y ministra un argumento de aquella certidumbre de segundo orden, que llaman los teólogos piadosa creencia, la que ninguno puede negar sin incurrir en la nota de temerario. ¿Y en qué circunstancias tan críticas se explicó la Iglesia de este modo? Cuando el Vaticano se reviste de toda la severidad de que es capáz para examinar

el punto; cuando tenemos los españoles que desatar las esforzadas réplicas de un promotor de la fé, que ha hecho época en su siglo, el sábio, el erudito Lambertini, quien, por su propia confesion, apuró los resortes de su entendimiento vivo, sagaz y penetrante para descubrir esta verdad. Entónces fué cuando la Iglesia abrió su boca para cerrar la de los temerarios, y en juicio contradictorio pronuncia un decreto marcado con el sello del Pescador, en que aprueba la tradicion de nuestra nacion, llenando de gozo la Ciudad de Dios con las avenidas copiosas de dulzura que son propias de su amoroso corazon. La España renueva su juventud como el águila para celebrar á la Madre del Verbo de Dios en su Pilar, y une sus votos al testimonio comun que autoriza la venida de María á Zaragoza, como apoyada sobre fundamentos indesquiciables, y á la que nada se puede oponer con razon. Paso ahora á demostrar, que es, igualmente, el objeto de la confianza española, por las utilidades que nos ha traído su venida.

El que advierta que la Virgen María ordenó á Santiago, que la erigiese un templo á su culto; que Ella misma, acompañada de una multitud de espíritus bienaventurados, se viene desde Jerusalén á Zaragoza, aún viviendo en carne mortal, á visitar á los españoles, y señala el sitio en que quiere ser de ellos venerada, dejando al santo Apóstol el simulacro á cuyo honor se ha de consagrar la piedad española: quien advierta esto, ¿no dirá á nuestras gentes lo que en el libro del Deuteronomio se dijo á los hijos de Israel: vosotros sois el pueblo escogido de María, que le hará el más glorioso de cuantos ha criado el Señor? ¿No se persuadirá á que María, quería derramar á manos llenas sobre los españoles la plenitud de todos los bienes de que la Virgen es única dispensadora; que quería franquearles aquella seguridad consoladora que la atribuye el Padre S. Anselmo, cuando enseña, que es imposible que se pierda aquel á quien protege María; y que quería darles á entender, que tenían á su favor una Madre llena de bondad, cuyas entrañas de misericordia se conmueven, y como que se violentan, por decirlo así, con la miseria de los hijos del hombre prevaricador, y las abre generosamente para sostener y aliviar su flaqueza? Sin duda que esa sería la primera idea que asaltase á quien ponderára bien los desvelos de María con nuestra nacion. Porque desde luego se deja percibir, que María quiso derramar las generosidades de su corazon con los que invocan su grande nombre en aquella Ara, y fijar en su Pilar hasta el fin de las generaciones el título de nuestra proteccion, de nuestra inmunidad, y de nuestro

asilo en los fatales días de la tempestad. Apenas pisa María nuestro suelo, cuando resonaron en las bóvedas del hemisferio español aquellas palabras que horrorizaron al abismo: *Disperdam nomina idolorum, et non memorabuntur ultra*. El soberbio dragon se estrella, y despedaza contra la sagrada piedra donde puso su planta el Arca de la nueva alianza. Como á la presencia del sol se disipan las tinieblas, y huye la fiera sangrienta, que no deja la cueva sinó al abrigo de la noche; á este modo, colocada María en su Pilar, se deshacen para siempre las densas nubes del gentilismo, sin que se atrevan á acometerla los maestros de la mentira. España pagana, España idólatra, ha venido á ser España religiosa, España católica por excelencia.

Vosotros, que sabéis bien, que la España, en el año 64 de la era cristiana, se reputaba ya el campo más florido de la Iglesia, y que daba materia abundante para la historia de los triunfos de los mártires, y de los progresos de la fé ortodoxa; que de nuestra España, en el segundo siglo, ya hablaban S. Ireneo y Tertuliano como de una de las principales conquistas del Crucificado, cuya religion habían abrazado todos sus naturales: que poco despues de este tiempo, el obispo de Cartago, S. Cipriano, pone en ella la cristiandad tan floreciente, que parecía otra Jerusalén, donde apenas se señalaba un leproso; que nuestra nacion ha celebrado en todos tiempos concilios y asambleas legítimamente herederas de la fé de los apóstoles: vosotros, ya lo dije, que sabéis muy bien todo esto, direis, sin duda, que no en vano levantó María su columna de Zaragoza, en señal del glorioso trofeo de la idolatría que iba á expelerse de nuestra nacion con su favor y proteccion; pues si levantó las suyas Octaviano en el Egipto, por haber rendido á su competidor Marco Antonio, con mayor razon debió consagrarse este augusto triunfo á María santísima, que agregaba por su auxilio al reino de Jesucristo una nacion, en la que se vería la fé siempre vencedora. Sí, señores: se fija en Zaragoza esta columna, y sobre ella la Reina triunfadora, para dar una señal á los siglos futuros, de que la que mostró tanto empeño en hacernos cristianos, perpetuará gloriosamente entre nosotros el depósito precioso de la fé que nos había confiado: esta es la literal significacion de la palabra columna. Para explicar el Apóstol la firmeza de la Iglesia; Job, la inmortalidad de los ángeles; y S. Juan, la corona eterna que se promete á los vencedores, se valieron de esta misma expresion; y la Santísima Virgen, para instruirnos de la fé en España, se dejó ver á nuestros compatriotas sobre su columna.

La fé en España ha sido estable. Plantóse la Religion en los secos

arenales de la Africa, en el Asia; en la Europa entró en España; pero ¡qué suerte tan diversa! En Africa y en Asia, apenas echó raíces, cuando un viento, que abrasa como fuego, troncha esa vid hermosa, la seca, la marchita. La iglesia de Constantinopla vió sentados en ella los Nestorios, Sergios y Macedonios: la de Antioquía, á Paulo de Samosata y Pedro Nafeo: la de Jerusalén á Juan Origenista, Salustio y Arsenio. En la Europa no ha sido más feliz la acogida de la fé: ora se ha visto violentamente despojada de su luminosa oscuridad; ora en continua lid con la herejía: la ira del Señor, excitada contra esas naciones delincuentes, arranca la fé, la arroja por el suelo; y de esos amenos sitios en donde descollaba, es trasplantada á una nacion sedienta siempre de juntar en su seno todo lo grande, todo lo heróico de la Religion. ¿Y qué nacion es esa? Responded, precioso mármol, donde grabó María la fortaleza de la fé española. Esta es la feliz España. ¿Quién ha sido capáz de hacer vacilar su fé? ¿Por ventura las fieras persecuciones de los tiranos? A los primeros amagos del sanguinario Diocleciano, el Espiritu Santo congrega á nuestros pastores, y forman los decretos más arreglados á la fé y al Evangelio en el concilio de Iliberi, tan célebre en el siglo cuarto. ¿Acaso los herejes? El grande Osio, á quien llama S. Atanasio el Padre de los Concilios, pone en perpétuo silencio al hereje Arrio. Paciano, destruida la herejía de Novato, llena de gloria inmortal á su silla de Barcelona. El santo obispo Toribio confunde á los priscilianistas en Palencia. Se me presentan de tropel los Isidoros, Leandros, Fulgencios, Julianos, Ildelfonsos, Orosios, Eterios, Albornozes, Vegas, Canos, Torquemadas, Lainez, Sotos... Se me acaba la respiracion, y no nombro la multitud de españoles que cerraron todos los caminos á la herejía. ¿Acaso el poder irritado? Combatir con espadas la fé de los españoles y derramar su sangre, es lo mismo que multiplicar su cristianismo: Lorenzos, Vicentes, Eulalias, Hemeterios y Celedonios, Justos y Pastores, Optatos y Marciales, Urbanos y Quintilianos, Engracias y Julias, ya oís que claman bajo el altar del Cordero inmaculado por la venganza de su sangre derramada en defensa de su fé. Solo Zaragoza ha dado mártires que la Iglesia llama Innumerables, alimentados á los pechos de María.

Y no solo ha sido María nuestra luz, nuestra guía; ha protegido, además, el brazo guerrero de los españoles. Nuestros triunfos y nuestras victorias ¿no se han atribuido siempre á María? ¿y acaso han atacado nuestros jefes á sus enemigos sin que esta Reina triunfadora no haya caminado al frente de nuestras tropas? ¿No ha sido su len-

guaje el de Barac, oprimido por las violencias de Sisara, ó han asaltado á los enemigos sin la presencia de esta valerosa Débora? *Si venis mecum, vadam: si nolueris venire mecum, non pergam* (1). Ello es, que el animoso Pelayo salvó las reliquias moribundas de la España con el broquel de María, en el cual se estrellaban los dardos y saetas enemigas, hiriendo de muerte á los mismos contrarios. Ello es que el rey D. Alfonso XI, triunfa de un ejército de cuatrocientos mil moros, viendo doscientos mil muertos y heridos á sus plantas, ó mejor diré, á las de María, cuya imagen fijada á su estandarte real, era alma de su valor. Ello es, que Alfonso el Casto destrozó más de sesenta mil sarracenos con el auxilio de aquella prodigiosa imagen de María, que llevaba siempre á la frente de sus tropas. Ello es, que si Alfonso I consigue veinte y nueve victorias contra los moros: si Ramiro el II abate el orgullo del artificioso Alvenain: si Alfonso el VII canta triunfo en las Navas de Tolosa: si el Cardenal Cisneros consigue en pocas horas la célebre conquista de Orán: si Alfonso XI tiñe de sangre las aguas del Salado: si... Todo eso es obra de María Santísima, Jael valiente contra los enemigos del Israel español; esforzada Judith, que llena de confusion á los altivos Holofernes; prudente Débora contra los rivales de la nacion privilegiada, que ha efectuado la promesa que hizo al bajar á Zaragoza de estar siempre en nuestra ayuda. ¿Pudo hacer más por España una Madre, que jamás se olvida del hijo de sus entrañas? ¿No puede reconveniros desde ese trono de su gloria con los desvelos cuidadosos de su corazón? ¿No puede decirnos con verdad: que más pude hacer por esta viña, escogida para mi herencia y posesion? La planté, la fecundé, la immortalizé en su fé, la hize gloriosa en su imperio, y la he asistido en todos tiempos. Así puede reconvenirnos María; pero no temais; María ha sido nuestra Madre, y ha puesto su trono en Zaragoza para nuestra utilidad; y nosotros somos sus fieles hijos, y la hemos mirado, no solo como objeto de nuestra más tierna confianza, sino tambien del más tierno reconocimiento.

En la misma piedra en donde escribió el Cielo el infalible anuncio de nuestras venturas, se firmó tambien por nosotros la obligacion más estrecha de apreciarlas, y de cumplir las solemnidades de pacto tan sagrado. Descubramos la finura de la gratitud española, atendiendo á los tiempos de paz y de persecucion. ¡Oh fuego, elemento devorador! tú, por nuestra desgracia, redujiste á cenizas

(1) JUDIC. IV, 8.

aquellos sagrados monumentos que testificarían á los siglos los éxtasis y raptos del amor español al tierno objeto de sus cultos, la Santísima Virgen en el Pilar de Zaragoza. ¿Pero, qué importa? Una tradicion constante de padres á hijos nos enseña la suma veneracion, la piedad extremada, y los cultos de nuestra gente, entrañados en sus corazones hácia la Santísima Virgen: la concurrencia del suntuoso templo, fabricado en honor de María, de esa casa de los ángeles, matriz de todas las iglesias del orbe cristiano: las continuas adoraciones, homenajes, y preciosas dádivas con que concurre la piedad obsequiosa á levantar, adornar y solemnizar el lugar que eligió María para poner en él sus ojos y su corazón, y concurriendo á este sagrado templo como á ciudad de refugio. ¡Ah! Si el tiempo no huyera con tanta precipitacion, ¡con qué satisfaccion no diría yo lo que han hecho estos buenos hijos en honor de su Madre; lo que obraron para su gloria los concilios de Toledo, de Braga, de Sevilla y de Zaragoza, bajo aquellos invencibles campeones los Ildefonsos, los Leandros, los Eugenios y los Braulios! ¡Lo que hicieron en su honor los Fernandos, los Felipes, los Alfonsos, los Cárlos; y cuánto se empeñaron todos los españoles en defender los privilegios de esta Esther privilegiada! ¡Cómo formaría yo el antitesis, de que cuando Inglaterra arde en sectarios que se declaran contra su culto; Suecia y otras naciones del norte enemigas de su invocacion, quieren que no se escuche su nombre dulcísimo; cuando la Germania no duda negarle la maternidad que el Angel la había anunciado, y la que publicó la Iglesia en el Concilio de Éfeso; cuando la Polonia, inundada de iconoclastas, quemaba las imágenes; y cuando la Francia, abortando mónstruos de albigenses, esparcía los más sacrílegos errores contra la más pura criatura! En tan dolorosa situacion, España, sí, sola España se empeña en tapan la boca á estos maldicientes, obligándoles á confesar, que son hermosos los tabernáculos de Jacob, y amados de Dios los pabellones de Israel, siendo uno mismo el consentimiento de los reyes, de los magistrados, de los sábios, y de los sencillos, que celebran á María por la más feliz de todas las criaturas!

Todo es necesario decirlo de prisa. No obstante, á propósito de su aparicion en las orillas del Ebro, no podré dejar de decir cuanto han manifestado su celo y su devocion los españoles. ¡Con qué ardor no se han opuesto á la duda fatal y desgraciada de la verdad de que hablo! Por más que tuvo contra sí los decretos de nuestros reyes, las prohibiciones del tribunal más respetable de la fé, las censuras y desprecios de los sábios; ¿con qué constancia, por el dilatado tiempo de

cuarenta y cinco años, llevaron adelante la solicitud de que aprobase el Vaticano el Oficio propio de esta solemnidad, y lo extendiese á todas las iglesias de la monarquía, para memoria de este beneficio, sin omitir diligencias, hasta conseguir el deseado decreto que llenó de gozo á la ciudad de Dios! Los españoles han mirado siempre á María en Zaragoza como á su protectora y tutelar: los Naamanes han corrido á purificarse de su lepra en este Jordán de salud: las Sunamitis han volado á este Carmelo á representar sus desgracias; y todos los españoles han rodeado siempre su Pilar como el majestuoso trono donde María puso su habitación para su defensa. Vosotros acabareis de comprender el fondo de la gratitud española á la Santísima Virgen, por el celo que ha demostrado en las persecuciones más crueles.

¡Ah! ¡y con qué esmero tan solícito, con qué ansias tan ardientes, conservaron en las más urgentes angustias aquel sagrado asilo de su refugio! ¡Cómo no dudan sacrificar las vidas, las haciendas, lo más estimable, lo más precioso, para que nadie pudiese defraudar á su devoción de este rico tesoro! No será narración importuna mezclar los días del luto de la España con los días de su júbilo. ¡Ah! nación encantadora, embeleso y admiración de todo el mundo; ¡cómo te viste asolada, desierta, perseguida en el tiempo calamitoso de los emperadores arrianos, ó en el de los sarracenos! Nuestros padres oyeron edictos proscribiendo las santas casas de oración, los lugares santificados donde Dios había puesto su nombre por siglos sempiternos: ellos vieron ejecutar las violencias más atroces para su cumplimiento, y que todo se entregaba al destrozo, al incendio, al saqueo, al robo y á todo género de insultos. En aquel subterráneo se ocultan unas sagradas imágenes, para libertarlas de los atrevimientos sacrílegos: en aquella plaza se ven otras vilipendiadas por aquellos enconados monstruos: unos templos se ven convertidos en mezquitas sacrílegas: otros arrasados y deshechos. ¿Pero, qué sucede con el augusto simulacro del Pilar? Dilo tú, Valerio, que como un muro de bronce saliste á defenderle: dilo tú, oh arcediano Vicente, que dejaste bien sangrientos testimonios, de que nada puede ser superior á tu celo por el honor de nuestra amante patrona: decidlo vosotros, devotísimos prelados Senior y Cleca, que elegisteis por morada el santuario de María, consagrados á su culto y decoro: decidlo vosotros, fervorosos fieles: ¿no es verdad que á toda costa hicisteis que el Arca del Testamento se conservase respetada entre tantos filisteos enemigos? ¿No es verdad que si alguno, con sacrilego arrojo, quiso cometer algún desacato contra su veneración, al punto vuestra piedad le hizo experimentar

un castigo espantoso? ¿No es verdad que mantuvisteis siempre aquella Columna levantada, y sobre ella la raíz de Jesé, puesta por señal para consuelo y salud de los españoles? María misma auxilia el celo español; y si un rey arriano acomete á un santo templo, un ejército de ángeles, capitaneados por la Santísima Virgen, le pone en fuga vergonzosa, quedando tan escarmentados, que habiendo estado Zaragoza muchos siglos dominada de tiranos, jamás se atrevieron á pisar aquel santo lugar. Los zaragozanos, reconocidos, derramarán su sangre, perderán la vida por defender la gloria de su protectora, y sostener una causa que hace su gloria y su corona; y no cesarán de dar gracias al Todopoderoso, que los ha honrado con elección tan privilegiada, disponiendo por un rasgo de su misericordia, que María pusiese su trono en el Pilar de Zaragoza, nos adoptase por su pueblo peculiar, y animase nuestra insensibilidad, para que correspondiésemos fielmente á sus designios.

Si, Virgen Santísima, Virgen inmaculada: á Vos debemos toda nuestra gloria: Vos sois la gloria de la Jerusalén española: Vos sois la alegría de este escogido pueblo: Vos sois su honra y su decoro: volved, Señora, á nosotros esos ojos, llenos de misericordia, que tienen por costumbre traer la paz y la serenidad á las almas. Abrid á favor nuestro esta boca, que siempre se explica con oráculos de bondad: alargad esas manos bienhechoras, que jamás dejaron de socorrer. Vos plantasteis esta viña: fecundadla, sostened su fé, su religión y su piedad: protegéd á todo el reino español: imprimid en nuestros corazones el amor á Dios, á su santísima ley, la gratitud á sus misericordias, y á los favores que nos ha repartido por vuestra mano bienhechora, para que siéndole fieles en esta vida, seamos felices por toda la eternidad. Amen.